

Late, en el libro de Antonio Prieto, una florecida evaporación de secretas lágrimas, de desencanto. Tomar entre las manos "Sobre la Vida", es algo así como ponerse a andar por el borde del crepúsculo, o, lo que es igual, por las avenidas finales de la tristeza, tan propias de esta época en que, como dice el autor, "ya no es posible inventar las rosas", sino quedarse, "desnudos y solos/ con todo el encanto desesperado de la tierra/ en nuestros labios".

La poesía de Antonio Prieto es la del testimonio de la hora final del desencanto, o, ésta en la que, como él escribe, "la caída última de los autobuses deja ciegas las golondrinas a su paso". Y ello no solamente en las grandes ciudades, sino, sobre todo, dentro mismo de la desolación personal e íntima del hombre. Leyendo a Antonio Prieto se advierte que algo nuevo ha ocurrido en el mundo y en la poesía, que será siempre su espejo. Antonio Prieto nos muestra y demuestra, que ha sonado la hora del desamparo. Ya no hay casi lugar, en los tiempos que corren, para la esperanza y la fiesta, y el tedio ha sustituido a la alegría, y el tono con el que hay que cantar en estos tiempos acaso sea el que conlleva inevitablemente lo sombrío del existir, y la redención que se necesita sólo es posible desde un yo plural que apueste por el amor. La revolución pendiente que tenemos es la del amor.

Los sociólogos, los profesores de ética, los estudiosos de costumbres, los futurólogos de gabinete, los políticos de turno, los formales, los justos, los responsables de las religiones, debieran leer con arrebatado y urgente interés, frenándose el resuello, hasta que llegue el año 2.000, la poesía última, porque la poesía del diluvio que viene tiene mucho que enseñar. Con su "épica de lo cotidiano", su "música desolada", con la "cruel caída de las rosas", "las amapolas tristes del ocaso", el "tiempo de un espejo vaciándose", -versos que copio al pie de la letra del libro que presentamos-, estos poetas, que no parecen tales, que van por la vida haciendo como si no lo fueran, sienten y nos dicen que este mundo no está bien hecho, como quería, tan tranquilo, Jorge Guillén; pero que no les da la gana, tampoco, empuñar el verso "como un arma cargada de futuro", como arengaba Celaya. Se acabaron los jardines "venecianos" y, mucho antes todavía, los mítines de la poesía social.

